



# MÁSTERES de la UAM

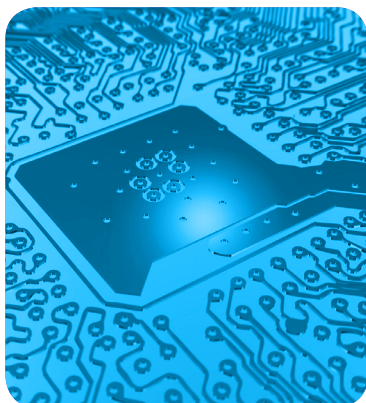
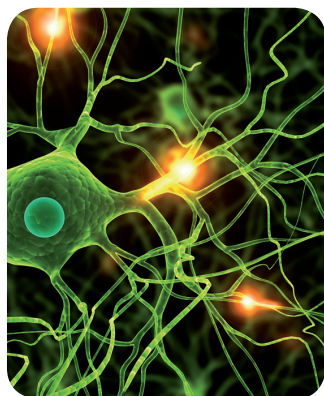
Facultad de Filosofía  
y Letras /12-13

Máster en Estudios  
Árabes e Islámicos  
Contemporáneos



## Nuevas teorías de la revolución y el caso turco

*Jorge Ortega Calvo*



## NUEVAS TEORÍAS DE LA REVOLUCIÓN Y EL CASO TURCO

### Resumen

En la década de 1920, Turquía sufrió un proceso de mutación que convirtió el antiguo imperio patrimonial otomano en un Estado-nación en consonancia con el modelo que imperaba entonces en Europa. Este «cambio de civilización» le ha valido equipararse con Japón en uno de los procesos de modernización y de resistencia a la colonización más destacados y frecuentemente referidos del mundo. Sin embargo, el término apropiado para referirse a esta transformación es todavía controvertido. ¿Se trató de un proceso de reforma que profundizaba en las *Tanzimat*? ¿O fue una revolución? Este artículo pretende repasar los sucesos acaecidos en Turquía durante su transformación de imperio a república y catalogarlos dentro de una tipología.

Palabras clave: Turquía, Atatürk, revolución, kemalismo, anti-imperialismo.

### Abstract

In the 1920s, Turkey underwent a mutation that transformed the former ottoman patrimonial empire into a European-style nation-state. This change of civilization is usually equated with the Japanese modernization and resistance to colonization process because of the way they were conducted and they impact they had. However, the proper term to refer to this transformation is still controversial. Was it a reform process deepening the *Tanzimat*? Or was it a revolution? This article aims to review the events occurred in Turkey during its transformation from empire to republic and catalog them within a typology.

Key words: Turkey, Atatürk, revolution, kemalism, anti-imperialism.

## Introducción

Cuando el Zar Nicolás I dijo con sorna aquello sobre «el hombre enfermo de Europa», no podía concebir que a aquél y a su propio Imperio ruso les aguardaban destinos paralelos. Ambos fueron derrotados en la Gran Guerra, desgarrados por los nacionalismos, mutilados por los acuerdos de paz y ahogados en la revolución. Mientras Lenin y Stalin se hacían con el control de Rusia para transformarla en un «paraíso de los trabajadores», Mustafá Kemal Atatürk dirigía un proceso de construcción nacional en Anatolia. Mucho se ha escrito sobre este ambicioso programa reformista de la temprana República de Turquía; y no son pocas las monografías sobre la «personalidad carismática» que encarnó ese proceso. Sin embargo, la admiración y el interés que despierta entre los estudiosos el caso turco son incomparables frente a las Grandes Revoluciones canónicas: la francesa, la rusa y la china. Pero, ¿acaso la suplantación del Imperio otomano por la República de Turquía no supuso también una revolución? ¿Cómo podemos definir la revolución? Y, en todo caso, ¿de qué tipo de revolución estaríamos hablando? A la luz de las nuevas aportaciones teóricas sobre la revolución, este artículo pretende una revisión del caso turco.

En buena parte de la literatura, los términos «revolución», «reforma» y «kemalismo» se entremezclan como sinónimos sin llegar a conformar un orden o una teoría consistente. Bien es cierto que Ellen Kay Timberger (1978) clasificó ya los casos de Turquía y Japón<sup>1</sup> como «revoluciones desde arriba». Por otro lado, Kemal Karpat (1964) advertía ya que el turco bien puede ser un caso híbrido que conjuga las revoluciones liberales-nacionalistas del siglo XIX y las revoluciones proletarias del siglo XX. No obstante, han pasado cuatro o cinco décadas y ni las ciencias sociales ni la historia se han detenido desde entonces. El paso del tiempo ha aportado nuevos y jugosos ejemplos revolucionarios, y los investigadores han aplicado las antiguas teorías a un número creciente de casos de manera considerablemente menos comprometida con el estructuralismo y la teoría marxista.

A principios del siglo XXI, la crisis económica se conjugó con una crisis política donde *privati* intervenían poco discretamente en la *res publica* bajo la égida del “neoliberalismo populista” (Eder, 2013). Hoy, la causa de la «revolución» vuelve a estar de moda tras el intenso comienzo del año 2010, el aumento de la movilización social durante las protestas ciudadanas en torno al Mediterráneo y, más específicamente, tras los sucesos de la primavera

---

<sup>1</sup> Ambos imperios desarrollaron partidos políticos, formaron parlamentos y redactaron sendas cartas constitucionales en la segunda mitad del siglo XIX. No por herencia de las potencias democráticas a través del proceso colonial, sino como respuesta regeneracionista a su evidente retraso geopolítico con respecto a aquéllas.

de 2013 en Turquía, donde las pretensiones de construir una patria laica, moderna y -en palabras del propio Atatürk- «a la altura de las naciones más civilizadas» fueron recordadas al Primer Ministro Erdoğan por los manifestantes en las calles de las principales ciudades del país. Por todo ello, no está de más revisar el proceso fundacional de uno de los pocos Estados-nación anteriores e independientes del proceso de descolonización en uno de los esfuerzos de modernización más frecuentemente olvidados; el de la República de Turquía.

Al fin y al cabo, cuando en los años 50 se criticó la adhesión al orden europeo occidental de “un país que se distinguió de sus vecinos por haber seguido su propio camino hacia la modernidad y donde la nación y la burguesía empresarial, así como la industrialización y la democratización emergieron tardíamente y estuvieron bajo el control de un Estado autoritario, dominado largo tiempo por una casta de militares y latifundistas; que, por consiguiente, estuvo y seguirá estando en desventaja debido a un nacionalismo exacerbado, una cultura política con visos de autoritarismo y un estilo de gobierno no democrático” (Kazancigil, 2010: 159), se hablaba de Alemania. Aunque la referencia bien podría haber sido confundida con la España de los años 70 o la Turquía de los años 50. Mientras que los Estados alemán y español acabaron por ser aceptados en el orden europeo y se admiró su transformación, esto no es igual de cierto en el caso turco.

Por todo ello, en presente artículo se propone revisar el concepto de revolución y las últimas aportaciones de los estudiosos en este ámbito y, una vez establecido este marco teórico, someter a escrutinio el movimiento nacionalista de Mustafa Kemal para comprobar si cumple, o no, con los preceptos propios de una revolución. De ser así, se tratará de etiquetar el caso dentro del catálogo revolucionario.

## **1. La teoría de la revolución**

### **1.1. Sobre la revolución**

La teoría revolucionaria ha sido alimentada por numerosas y hábiles plumas a lo largo de la historia desde que Maquiavelo inaugurara el pensamiento político realista en el siglo XVI. Si bien las alteraciones y protestas violentas pueden rastrearse desde el principio de la historia, no es hasta la Edad Moderna que aparece esta nueva forma, extrema, de subvertir el orden establecido. Tradicionalmente, las rebeliones, revueltas, *coups d'état* y guerras civiles sólo buscaban un cambio en la cúpula directiva del

Estado o una exención impositiva. Durante la Edad Media intelectuales y clérigos cristianos y musulmanes habían llegado justificar el derrocamiento violento de los dirigentes injustos. Aunque según Hannah Arendt (1988, p. 23)<sup>2</sup> sólo en el siglo XVII, en Europa, se extendió la idea de que, tal vez, la pobreza no fuera inherente a la condición humana. El subsiguiente desarrollo de ideales como el liberalismo, el derecho natural, la soberanía nacional y la libertad, durante los siglos XVII y XVIII, dotaron a las sociedades de las herramientas ideológicas necesarias para desatar la revolución propiamente dicha.

Puede decirse que esta nueva forma de hacer política ha tenido un importante eco en la historia, pues las revoluciones han sido comunes en los siglos XIX y XX. La historiografía tradicional estableció tres grandes modelos revolucionarios: la Revolución Francesa (1789-1799), la Revolución Rusa (1917-1921) y la Revolución China (1927-1949); que, junto a la «Revolución» Inglesa (1640) (Skocpol, 1984) y a la Revolución «Americana» (1775-1783) (Arendt, 1988), han constituido la base para la teoría revolucionaria moderna.

Para Skocpol (1984: 21), las revoluciones son “transformaciones rápidas y fundamentales de la situación de una sociedad y de sus estructuras de clase; [que] van acompañadas y, en parte, son llevadas por las revueltas, basadas en clases, iniciadas desde abajo”. No obstante, esta definición disminuye enormemente la importancia de coaliciones entre clases sociales (Goldstone, 2001, p. 140) y de la participación de las elites en el proceso. Trimberger (1978, p. 2) propone una interpretación más abierta: “un relevo ilegal del aparato central del Estado que destruye el poder político y económico del grupo social dominante del antiguo régimen”. Desde este punto de vista, ella misma se sorprendió al descubrir que las revoluciones tienden a ser dirigidas por las elites en lo que ella llama «revolución desde arriba», mientras que las «revoluciones sociales» de Skocpol son sucesos excepcionales.

Durante los años 90, las posiciones estructuralistas que sustentaban estas teorías se debilitaron conforme la realidad arrollaba despreocupadamente los presupuestos deterministas del materialismo histórico. Las teorías construidas sobre los modelos de las «grandes revoluciones» se quedaban muy cortas a la hora de explicar nuevas realidades como las revoluciones islámicas. Y más aún para aquellas que iban dirigidas contra gobiernos socialistas en países donde -al menos teóricamente- ya no

---

<sup>2</sup> Sobre la dudosa fidelidad histórica y sociológica de Hannah Arendt en *Sobre la Revolución*, véase “Hannah Arendt acerca de la Revolución” de Hobsbawm (2010) en *Revolucionarios*.

había diferencia de clases. La definición de la teoría en base a tan reducido número de casos de estudio (Inglaterra, EEUU, Francia, Rusia y China) ha resultado ser su principal punto débil.

Para superar este estancamiento, los teóricos de la revolución Goodwin (1989), Goldstone (1991 y 1998), Eisenstadt (1992), Tilly (1993), Johnson (1993) y Tarrow (1998) han experimentado con nuevos casos de estudio, han dado más importancia a la ideología y a la cultura en este tipo de procesos y han propiciado un acercamiento hacia los movimientos sociales. A la luz de estas investigaciones, la concepción esencialista de las revoluciones basada en el Estado y las clases sociales que propuso Skocpol ha quedado visiblemente incompleta merced a los nuevos y numerosos modelos históricos. De ahí que, al quedarse pequeñas estas interpretaciones, Goldstone propusiera la elaboración de una nueva generación de la teoría buscando una definición actualizada, más ecléctica y versátil. Así, para él, las revoluciones son “un esfuerzo por transformar las instituciones y la justificación de la autoridad política en una sociedad, acompañado por la movilización, formal o informal, de las masas y de acciones no institucionalizadas que debiliten a las autoridades vigentes” (Goldstone: 2001, p. 142). Parafraseando lo que él mismo señala, ésta es una definición suficientemente consistente como para incluir tanto las revoluciones relativamente pacíficas que acabaron con los regímenes comunistas como la violenta revolución islámica de Afganistán, pero excluir todos los desórdenes que no buscan una transformación de las instituciones o de la justificación de la autoridad, así como las mutaciones dentro del orden legal.

A mi parecer, la propuesta de Goldstone debe ser completada señalando las características en que los grandes teóricos de la revolución estuvieron de acuerdo (Skocpol, 1984; Hobsbawm, 1987; Arendt, 1988), de modo que quede suficientemente claro que la revolución, por su voluntad de «empezar de nuevo», es un proceso profundo y agresivo. Aunque ya no consideremos que la violencia es su herramienta principal para preparar la *tabula rasa* fundacional desde la que ejecutará un «nuevo origen», como decían Arendt (1988, p. 36) y Johnson (en Skocpol, 1984, p. 33). Además de ser profundas y agresivas, las revoluciones se desatan imprevisible e incontroladamente. En palabras de Brecher (1972, p. 240), “en realidad, los movimientos revolucionarios rara vez empiezan con una intención revolucionaria; ésta sólo se desarrolla en el curso de la lucha misma”. Se podría decir que la revolución nace, no se hace; y madura engullendo al antiguo régimen y “destruyendo al grupo

social dominante” (Trimberger, 1978, p. 2). Por último, Arendt (1988, p. 35) afirma que “sólo podemos hablar de revolución cuando está presente este πάθος de la novedad y cuando ésta aparece asociada a la idea de la libertad”.

Es decir, según los autores mencionados, las revoluciones son procesos profundos y agresivos que se desatan imprevisible e incontroladamente en nombre de la libertad a través de vías nuevas y no institucionalizadas en un esfuerzo por transformar las instituciones y la justificación de la autoridad política en una sociedad.

Skocpol (1984, p. 79) estableció que la coyuntura necesaria para comprometer la estabilidad del régimen conjuga la incapacidad de la maquinaria del Estado, la insubordinación de las clases bajas y la movilización social por parte de la revolución. Hoy, parecen más probables las condiciones clave que implican a las elites. A decir de Goldstone (2001, p. 147), las probabilidades de sufrir un desorden revolucionario dependen también de “si las elites están fuertemente unidas o profundamente divididas o polarizadas, y si las elites en la oposición se alían con protestas de los grupos populares”. A partir de estas premisas deducimos que cuando el Estado cuenta con una economía saneada, o, al menos, con unas elites dispuestas a sostenerlo, no peligra su integridad. Esto es lo que Lipset (1984) ha definido como «estabilidad»; sustentada en dos variables: «efectividad» y «legitimidad». Así pues, el Estado debe cumplir lo que se espera de él<sup>3</sup> para mantener su «efectividad». Pero, además, ha de sustentar la creencia entre la sociedad de que las instituciones políticas vigentes son las más apropiadas si pretende conservar su «legitimidad». “Los Estados que se muestran inefectivos e [ilegítimos] carecen del apoyo de las elites y el pueblo que precisan para sobrevivir” (Goldstone, 2001, p. 148). Las amenazas más comunes para la estabilidad del Estado son: la derrota militar y la autocracia represiva, que destruyen su legitimidad, y la pobreza y la superpoblación<sup>4</sup>, que pone en evidencia su efectividad.

Por supuesto, dado que elites y pueblo no son monolíticos, debe esperarse una contrarrevolución; tanto desde abajo, por ejemplo en forma de revueltas campesinas reaccionarias, como desde arriba, en defensa del régimen. La movilización se produce cuando una organización paraestatal es capaz de proporcionar mejor, o más

---

<sup>3</sup> Esta condición puede variar desde su función más básica como garante de las vidas y bienes del contribuyente y la administración de justicia hasta las exigencias más complejas de derechos y ayudas sociales, gobierno representativo y transparencia gubernamental de las democracias modernas.

<sup>4</sup> Se refiere a un crecimiento más rápido de la población que de la economía que la sustenta. Es decir, una crisis malthusiana.

convincientemente, aquello que sus miembros esperaban del Estado: eficacia y legitimidad (Goldstone, 2001, p. 154). La competencia por la movilización y la posterior lucha entre las dos corrientes: revolucionaria y contrarrevolucionaria; es lo que determina el ulterior éxito o fracaso de la revolución (Goldstone, 2001, p. 152). Al final, el bando vencedor es el que ha dirigido una movilización más eficaz -ya sea por cantidad o calidad- tanto entre las elites como entre las masas. Es decir, las revoluciones ocurren -o no- porque una «alianza vertical», entre la elite en la oposición y la movilización popular partidaria del cambio, sale victoriosa -o no- frente a otra «alianza vertical» inmovilista. Puede suceder que una de estas alianzas verticales se fragmente en el proceso revolucionario, vertical u horizontalmente, dando como resultado una revolución dentro de una revolución.

Aunque las teorías estructuralistas lo ignoren, la importancia de la ideología como aglutinador en las «alianzas verticales» potencia el papel de los líderes revolucionarios. En buena medida es su propaganda -bien sea por ἦθος o πάθος<sup>5</sup>- la que capta los mecanismos de movilización y, por tanto, la que al final decide la balanza -o no- frente a las fuerzas contrarrevolucionarias. Sin embargo, el auténtico peso de los líderes en los procesos revolucionarios es extremadamente complejo, pues muchos de ellos no responden al paradigma del personaje carismático weberiano (Dekmejian y Wyszomirski, 1972) y casi todos fracasan a la hora de cumplir sus promesas revolucionarias. La dirección de la movilización, la destrucción del Estado, la construcción de un nuevo orden y la supervivencia a todo el proceso exige de los líderes revolucionarios un amplísimo elenco de habilidades; por no hablar del peligro a la desviación y del sostenimiento de su autoridad en el periodo posrevolucionario.

En resumidas cuentas, para afirmar que se produjo un proceso revolucionario en la Turquía de Atatürk, según la literatura revisada previamente en este artículo, debemos comprobar que en aquel momento se conjugó lo siguiente: (1) un Estado incapaz de mantener su credibilidad en términos de «eficiencia» y «legitimidad», provocando (2) una escisión entre las elites (3) que busque la subversión ilegal del *statu quo* a través de (4) una maquinaria de movilización social dirigida por un líder revolucionario que emprenda (5) una profunda destrucción creativa y derrote a las fuerzas contrarrevolucionarias para imponer su (6) voluntad de romper con el pasado y

---

<sup>5</sup> En la filosofía aristotélica sobre la Retórica y la Oratoria se detallan tres vías de persuasión: el ἦθος (*ethos*), la conducta; el πάθος (*pathos*), el sentimiento; y el λόγος (*logos*), la razón.



establecer un nuevo orden institucional y una nueva justificación de la autoridad. Sólo en esta coyuntura se activa la posibilidad de que de la crisis del Estado emerja un proceso revolucionario.

## **1.2. Catálogo revolucionario**

Una vez establecido mi marco teórico, he de ocuparme de la tipología revolucionaria para cumplir con mi propósito de catalogar el caso turco. Pues bien, a este respecto no existe una única lista canónica. De hecho, no son pocas las propuestas. Sin embargo, todas aquellas que se refieren a la transformación partiendo del orden feudal, como las propuestas por Kossok *et alii* (1983) son dudosamente aplicables a mi caso de estudio, pues es discutible que en el Imperio Otomano existiera un sistema feudal -al menos si entendemos este término como el prototipo europeo. También podría recurrir a adjetivar las revoluciones en función de su componente más prominente: burguesa, comunista, anticolonial, islámica... (Goldstone, 2001); pero la cantidad de adjetivos puede aumentarse hasta el infinito, de modo que es un método escandalosamente específico. Así pues, voy a ajustarme a las clasificaciones tradicionales. Por un lado, según sus resultados sobre el Estado, Skocpol (1984, p. 21) diferencia entre «revoluciones sociales» -o «grandes revoluciones»-, que transforman tanto las estructuras institucionales como las socio-económicas; «revoluciones políticas» -o «desde arriba» (Trimberger, 1978)-, que sólo afectan a las instituciones y son dirigidas por las elites; y «revoluciones fallidas», si no consiguen destruir la clase dominante del antiguo régimen. En cambio, observando su desarrollo, Dekmejian y Wyszomirski (1972) distinguen entre revoluciones «centrales», de desarrollo centrífugo, y «periféricas», de desarrollo centrípeto, dependiendo del área donde se desencadenen. Afortunadamente, estas dos interpretaciones no son contradictorias, y pueden complementarse para describir tanto el desarrollo como los resultados del proceso. En mi análisis me ceñiré, por tanto, a estas etiquetas: «social»/«política» y «central»/«periférica».

## 2. El hombre nuevo de Europa

### 2.1. El Comité de Unión y Progreso y la Guerra que acabaría con todas

Cuando estalló la Gran Guerra en julio de 1914, el Imperio otomano no estaba comprometido con ninguno de los juegos de alianzas. Sin embargo, el Gobierno integrado por los dirigentes del Comité de Unión y Progreso<sup>6</sup> (*Ittihad ve Terakki Cemiyeti* o CUP), sospechaban con acierto que París, Londres y Petrogrado -la Entente- pretendían repartirse el Próximo Oriente, donde tenían importantes intereses económicos y estratégicos. Por otro lado, Alemania había auxiliado económica y militarmente al Imperio desde los tiempos de Abdülhamit II (1876-1909) y era su único amigo en el plano internacional. Más aún, el general Enver, al mando del Gobierno del CUP, era un convencido *filogermánico* y un ideólogo panturquista, de modo que, entusiasmado por sus fantasiosos planes de regeneración imperial, acordó en agosto un tratado de alianza con el Káiser Guillermo II. Así, el maltrecho Imperio se vio envuelto en una debacle larga y suicida<sup>7</sup>. Ninguno de los Estados participantes era lo suficientemente fuerte para resistir incólume cuatro años de guerra total por lo que, cuando se acordó el armisticio por agotamiento, el antiguo orden liberal novecentista se había derrumbado. Tres imperios habían desaparecido: el alemán, el austro-húngaro y el ruso; la «sociedad de masas» se abría camino y la Revolución comunista y las reformas se extendían por el Continente.

Naturalmente, el Imperio otomano no escapó a esta vorágine. Aunque el Ejército había actuado admirablemente en los Dardanelos, fracasó rotundamente en el Cáucaso y las provincias árabes. Durante todo el período, los nacionalistas armenios se prestaron como guías de los ejércitos rusos y organizaron un movimiento de guerrilla en el este de Anatolia (Sonyel, 2001). Y los árabes, en contra de lo que esperaban el Káiser y el Sultán al declarar la *Cihad* (yihad), se levantaron contra el poder central en la llamada Gran Revuelta Árabe de 1916.

---

<sup>6</sup> El comité había accedido al poder tras la revolución de los Jóvenes Turcos de 1908. Después de las derrotas militares la coalición en el poder se debilitó y el CUP se impuso mediante un golpe de Estado en 1913. Desde entonces el Gobierno era dirigido por un Triunvirato compuesto por Enver, Ministro de Guerra y -desde 1914- Vicegeneralísimo; Cemal, Comandante de Estambul y Ministro de Obras Públicas; y Talat, Ministro de Interior.

<sup>7</sup> La opinión pública y buena parte del Gobierno estaba en contra de la intervención, pero la decisión de Winston Churchill, todavía Lord del Almirantazgo, de no entregar a Estambul los dos Dreadnought que Turquía había encargado y pagado a un astillero británico alteró los ánimos en este particular (Lyster, 1991).

Como advertía Lipset (1984), la derrota militar es la principal causa de pérdida de «legitimidad» para un Estado. En este caso, inmediatamente después de la doble humillación frente a italianos y balcánicos en 1911-1913<sup>8</sup>, el Imperio era derrotado en el Cáucaso, descompuesto en las provincias armenias y expulsado del territorio árabe. Además, aunque los unionistas<sup>9</sup> se habían hecho con el poder en la Revolución de 1908 con promesas de democracia, libertad y respeto a la ley; lo cierto es que habían acabado por establecer un sistema autoritario y represivo dirigido por el Triunvirato de Enver, Talat y Cemal; que hostigaba activamente a las minorías y perseguía a la oposición política (Rubiol, 2004). Un grupo de oficiales cercanos a Enver formaron una «Organización Especial» (*Teşkilât-ı Mahsusa*) que protagonizó la represión de los movimientos separatistas del imperio y trató de organizar una resistencia islámica en los territorios bajo control de las administraciones francesa, británica y rusa. Sin embargo, fue más eficaz en la hostigación a las minorías. En opinión de Zürcher (1993, p. 121), este grupo desempeñó un papel principal en la «solución» de la «cuestión armenia», que en 1915 se convirtió en un baño de sangre durante un intento de deportación al estilo asiático (Rubiol, 2004, p. 129) al que los armenios se refieren como *genocidio*. También aterrorizaron a los griegos para que abandonaran el país y así poder entregar sus empresas a musulmanes que, carentes de experiencia y contactos, solían arruinarlas (Rubiol, 2004, p. 119). Estas medidas pretendían construir por la fuerza una economía nacional (*milli iktisat*) libre de la intervención extranjera y arrebatada a las minorías. En este sentido, se promovieron boicots a las importaciones en las primeras manifestaciones masivas del país (Zürcher, 1993, p. 109).

El incumplimiento de sus promesas, su incapacidad para proteger a la población y las privaciones propias de la guerra puso en tela de juicio la «eficacia» y la «legitimidad» del gobierno unionista. Cuando se firmó el Armisticio de Mudros el 30 de octubre de 1918 la autoridad central había perdido el control; el bandidaje campaba a sus anchas por el país y las provincias orientales estaban sumidas en el caos tras la debacle armenia. El mismo día del Armisticio la cúpula directiva -entre ellos el Triunvirato-

---

<sup>8</sup> La debilidad otomana animó a calmar a su costa la sed expansionista de sus vecinos. En 1911 el Reino de Italia atacó y se anexionó las provincias africanas de Tripolitania y Cirenaica, así como el Dodecaneso, para formar su propio imperio colonial. El Imperio otomano fue derrotado tan claramente que sus vecinos menores en los Balcanes: Bulgaria, Serbia, Montenegro, Grecia y la recién creada Albania se vieron tentados a incrementar sus exigüos territorios nacionales sobre el solar otomano. El Imperio sólo conservó una diminuta porción de sus antiguas provincias europeas.

<sup>9</sup> Así se conoce a los integrantes y partidarios del Comité de Unión y Progreso.

abandonó el país en un submarino alemán, escapando de sus responsabilidades durante la Guerra y dejando un vacío de poder en la capital (Zürcher, 199, p. 139).

## **2.2. La lucha por el poder en Estambul y la Resistencia Nacional**

Durante la Gran Guerra, Enver y Talat habían ideado un elaborado plan de resistencia en Anatolia temiendo la derrota en Dardanelos y, por tanto, la ocupación de Estambul por las potencias enemigas. Habían enviado dinero, armas, municiones, oficiales capaces y propaganda panislamista con la intención de articular un movimiento de guerrilla que defendiera el corazón del Imperio frente a las fuerzas de la Entente. La operación era relativamente sencilla, dado que en la zona existían ya numerosos grupos de bandidos y fuerzas irregulares que hostigaban a las minorías. Tras la huida del Gobierno y ante la amenaza que el vacío de poder suponía para el orden unionista y temiendo represalias por parte del nuevo Gobierno, los enlaces del CUP organizaron, en comunión con los líderes religiosos (*müftüs*) y los terratenientes provinciales, «Sociedades de Defensa» para movilizar al pueblo y articular la resistencia (Zürcher, 1993, p. 153). Se pretendía la participación activa de «las masas» en la «resistencia nacional» (*Kuva-yi Milliye*) frente al desmembramiento del Imperio y a la incapacidad del Estado central.

Tras la huida del Triunvirato, cuatro grupos de elites permanecían en Estambul tratando de hacerse con el control del disminuido Imperio. Por un lado, Mehmet VI (1918-1922) veía su oportunidad para restaurar el poder absoluto del Sultanato. Por otro lado, la oposición liberal, disuelta tras el *coup d'état* unionista de 1913, se reorganizó en torno al Partido Libertad y Entendimiento (*Hürriyet ve İtilaf Fırkası*) dirigido por el Príncipe Imperial -consorte- Ferid (*Damat Ferid Paşa*). Los comisionados de la Entente, que habían entrado en Constantinopla con gran pompa y habían atracado sus barcos de guerra frente al *Dolmabahçe Sarayı*, trataban de hacer cumplir los términos del armisticio interviniendo a su favor en la política otomana. Frente a estos arribistas, el CUP todavía controlaba el Parlamento, el Ejército, la policía, las comunicaciones y la administración provincial (Zürcher, 1993, p. 139-140).

Los intereses del Sultán se ceñían a la supervivencia de la dinastía Osmanlı y al mantenimiento de su trono y títulos que, al menos teóricamente, le garantizaban un papel político en el Próximo Oriente. A Mehmet VI no le preocupaba la independencia

del país y consideraba a los nacionalistas -de cualquier etnia- como una fuerza desintegradora (Zürcher, 1993, p. 142). Trató de contrarrestarlos con una línea de gobierno pro-británica. Se apoyó para ello en el redivivo partido de Ferid. Nombró grandes visires de entre sus filas en una clara política antiunionista. Como gran visir, Ferid se esforzó por someter y castigar la resistencia unionista. Ante la presión y las purgas, el CUP disolvió su partido en noviembre de 1918. Poco después, en diciembre, fue disuelto el Parlamento dominado por los unionistas y se desataron las persecuciones y los juicios por crímenes de guerra.

En aquel entonces, Grecia, movida por la *Megali idea* y gobernada por el ambicioso primer ministro Venizelos, pretendía construir una Gran Grecia ocupando todas las costas del Egeo. Así pues, las tropas helénicas desembarcaron en Izmir en mayo de 1919 proclamando su papel como mano armada de la Entente. La invasión griega marcó el punto de inflexión en la opinión pública. Hasta entonces las organizaciones unionistas y liberales habían tenido graves dificultades para agitar a las masas. Sólo a partir de ese mayo de 1919 pudieron organizarse como protesta manifestaciones masivas lideradas por estudiantes y profesores de la Universidad en Estambul (Zürcher, 1993, p. 154) y aglutinar a los descontentos en las Sociedades de Defensa bajo una bandera nacionalista-religiosa para proteger al *millet*<sup>10</sup> musulmán frente a las potencias invasoras cristianas. Estaba claro que los turcos tendrían que defender militarmente los territorios en disputa con los armenios en el este y con los griegos en el oeste. Para ello contaban todavía con el Ejército regular dirigido por oficiales de los Jóvenes Turcos mayoritariamente partidarios de la «resistencia nacional». Aunque agotado por los rigores de la Gran Guerra y mermado por derrotas, epidemias y desertiones, se mantenía operativo. Los oficiales nacionalistas se habían resistido a la desmovilización y recibían suministros y municiones clandestinamente desde Estambul. Disponían de 35.000 soldados en Tracia y los Estrechos, 18.000 en Cilicia, 8.000 en el Kurdistán y 30.000 en el Cáucaso (Zürcher, 1993, p. 155). Pero se enfrentaba a las dificultades de restablecer el orden entre armenios y kurdos en el este y de expulsar los ejércitos franceses, griegos y británicos que ocupaban parte del país.

---

<sup>10</sup> *Millet* es un término que se refería a las distintas comunidades religiosas del Imperio otomano. Cada una de ellas disfrutaba de autonomía jurídica para los litigios entre sus integrantes. Después de las *Tanzimat*, que habían igualado a todos los súbditos ante la ley, pasó a definir minorías religiosas protegidas. Una vez entrado el siglo XX su uso se asemeja más al de «nación».

Ésta era la situación cuando Mustafa Kemal desembarcó en Samsun el 19 de mayo de 1919.

### **2.3. La consolidación del poder en Estambul y en la Resistencia Nacional**

Mustafa Kemal había militado en el CUP desde el principio, había colaborado en la Revolución de 1908 y había combatido el colonialismo italiano en Tripolitania en 1911; sin embargo, al oponerse al *coup d'état* de Enver en 1913 había quedado relegado a un discreto segundo plano. Sin embargo, su fama militar se disparó en la exitosa batalla de Gallípoli (marzo-agosto de 1915), que impidió la reapertura de las líneas de abastecimiento hacia Rusia. Después reorganizó junto a Ismet (Inönü) las fuerzas supervivientes de la desastrosa campaña de Enver en el Cáucaso. Cuando se firmó el armisticio de Mudros en 1918, Kemal era el único alto mando otomano que no había sufrido ninguna derrota (Rubiol, 2004, p. 131).

Tras la disolución del partido del CUP en noviembre, trató de medrar en política militando en el Partido Liberal del Pueblo Otomano (*Osmanlı Hürriyet Perver Avam Fırkası*) de Fethi (Okyar). Pero enseguida quedó claro que así “no iba a ninguna parte” (Zürcher, 1993, p. 148). Unionista desde el principio, envuelto en el halo de la victoria y limpio de los crímenes del Triunvirato; reunía todas las características deseables para ser elegido como líder de la Resistencia. Aprovechando la inestabilidad en las provincias armenias, donde proseguían los enfrentamientos interétnicos, sus amigos en el Ministerio de la Guerra convencieron al Gobierno del Príncipe Ferid para que enviara a Kemal a poner orden en calidad de Inspector del Tercer Ejército con amplios poderes sobre todo el este de Anatolia (Rubiol, 2004, p. 144).

Nada más desembarcar, Kemal se erigió en líder de los rebeldes como alternativa a un sultán pusilánime y a un gobierno secuestrado por las potencias extranjeras (Veiga, 2006, p- 445). Unificó todas las Sociedades de Defensa en una sola plataforma nacionalista: la «Sociedad de Defensa de los Derechos nacionales de Rumelia y Anatolia» (*Anadolu Rumeli Müdafaa-i Hukuk-u Milliye Cemiyeti*) o «Primer Grupo». Se anunció para ello un congreso en Erzurum, donde se diseñó un decálogo de principios nacionalistas y, aludiendo que el Gobierno y el Sultán se encontraban secuestrados por la ocupación extranjera en Estambul, se constituyó un «Comité Representativo» (*Heyet-i Temsiliye*) dirigido por el propio Kemal cuyo principal

cometido era garantizar la independencia de Turquía e impedir la escisión de las provincias armenias y *liberar* al sultán-califa (Berkes, 1974).

En julio de 1919, el Príncipe Ferid, preocupado por el desarrollo de los acontecimientos y ante la evidente usurpación de funciones de gubernativas, cesó a Kemal y a otros líderes nacionalistas de la resistencia, los declaró rebeldes y ordenó su detención mediante una *fetva*<sup>11</sup> del *Şeyhülislam*<sup>12</sup>. Los nacionalistas movilizaron a un buen número de *müftü*<sup>13</sup> provinciales para que emitieran fatuas contrarias. El conflicto tomó un carácter religioso. La Meseta de Anatolia era una zona pseudo-feudal, agraria y pobre, abandonada a los clérigos por el gobierno central, preocupado por territorios más valiosos en Europa y *Arabia*. “No había un proletariado con conciencia de clase ansioso por establecer soviets, ni clases campesinas listas para ser lideradas por líderes revolucionarios” (Berker, 1999, p. 442). La única manera de adherirse a las masas allí era a través de la religión o del nacionalismo. Así que el antiguo régimen y los rebeldes compartieron símbolos y métodos de movilización, lo que confundió enormemente a la *aristocracia*, que prefirió mantenerse al margen en esta guerra civil entre burócratas estambuliotas y burócratas provinciales. En cuanto al campesinado, el bando nacionalista de la Resistencia era más atractivo por cuanto se enfrentaba a la ocupación extranjera y se oponía a un Estado incapaz y colaboracionista. En todo caso, dado que las elites estambuliotas -excepto el CUP- no tenían ningún control sobre las provincias, los rebeldes no necesitaban movilizar a las masas para contrarrestar la revolución (Trimberger, 1978, p. 17), por lo que se prefirió neutralizarlas para evitar el peligro de la revolución social descontrolada.

Mientras tanto, en Estambul, los altos comisionados de la Entente se introdujeron oficialmente en la Administración otomana tratando de suplir su ineficiencia para suministrar salarios, carbón y alimentos a la población de la capital; donde se amontonaban miles de refugiados y exiliados políticos. El alojamiento era a todas luces insuficiente y el precio del pan se había octuplicado desde 1914 (Zürcher, 1993, p. 146). Era difícil, por no decir imposible, que las instituciones del Estado otomano, ni siquiera en la capital, fueran ya percibidas por la mayoría de la población como

---

<sup>11</sup> La *fetva* o fatua es un pronunciamiento legal típicamente islámico emitido, por petición, por un jurista especializado para esclarecer algún punto donde la jurisprudencia (*fiqh*) es vaga.

<sup>12</sup> El *Şeyhülislam*, o jeque del Islam, es un título reservado para los grandes conocedores del saber islámico. En el Imperio otomano este era un puesto preeminente que dirigía los asuntos religiosos del califato.

<sup>13</sup> Los *müftü*, o muftíes, son jurisconsultos musulmanes de la rama sunní. Son especialistas en la *Sharia*, o ley islámica, ejercen como intérpretes de la misma y tienen la autoridad de emitir fatuas.

“capaces de suministrar lo que se esperaba de ellas” ni como “las más apropiadas”. De hecho, el descontento rural de la época se refleja en las deserciones masivas que debilitaron al ya escuálido Ejército mucho más que las órdenes de desmovilización que llegaban desde Estambul (Berkes, 1999, p. 441).

#### **2.4. El Pacto Nacional**

A pesar de la destitución oficial de su cargo, el Ejército permaneció fiel a Kemal. En cambio, en la esfera política, su posición no era tan cómoda. El Sultán y los liberales lo tachaban de traidor, la Entente deseaba sofocar su rebelión para imponer los acuerdos de paz y los cuadros unionistas que habían organizado la resistencia mediante los envíos clandestinos y las Sociedades de Defensa se mostraban comprensiblemente reticentes al repentino ascenso del recién llegado Kemal. El CUP, que pretendía utilizar al movimiento nacionalista de la Resistencia para presionar la revisión de los términos de paz, tampoco estaba satisfecho con la creciente independencia del movimiento.

En septiembre de 1919, el congreso de Sivas institucionalizó el Comité Representativo con sede en Ankara (Veiga, 2006, p. 446) y delineó las directrices para la Guerra de la Independencia (*İstiklâl Harbi*). Aunque es innegable su componente de liberación nacional, en realidad, tenía mucho de guerra civil y de subversión revolucionaria. Naturalmente, las dificultades por imponerse eran enormes. De modo que se confeccionó una «Ley de Alta Traición» (*Hiyanet-i Vataniye Kanunu*) y se habilitaron los «Tribunales de Independencia» (*İstiklal Mahkemeleri*) que castigarían severamente a oponentes y desertores. Al mismo tiempo, en Estambul, el Príncipe Ferid era sustituido como gran visir por Ali Rıza, partidario de la temporización. Se produjo un acercamiento entre la capital y los nacionalistas que propició las elecciones de diciembre de 1919. Dado que los unionistas controlaban las provincias, la Cámara resultante quedó en sus manos y a comienzos de 1920 aprobó el Pacto Nacional (*Misak-i Milli*), que seguía las líneas de las cumbres nacionalistas de Erzurum y Sivas: indivisibilidad de la patria, plebiscitos para territorios en disputa, soberanía sobre los Estrechos, derechos de las minorías y total independencia (Rubiol, 2004, p. 146). Para los nacionalistas, este momento marcaba el fin del Imperio otomano y «el primer año nacional» (*birinci milli sene*) (Rubiol, 2006, p. 198).



Podría parecer que la presencia de 50.000 efectivos de la Entente en la capital y un ejecutivo colaboracionista facilitarían el control de la política imperial en Estambul. Sin embargo, hubo serios problemas para impedir que el CUP enviara información, armas y suministros a la Resistencia nacionalista en Anatolia (Zürcher, 1993, p. 147). Al aprobarse el Pacto Nacional y viendo que perdían el control sobre el Imperio otomano, los británicos ocuparon Estambul el 16 de marzo de 1920 con la firme intención de interrumpir la colaboración entre el nuevo Gobierno de Ali Rıza y la Resistencia Nacional. Los principales unionistas fueron apresados y el Parlamento se disolvió de nuevo. Pero, para entonces, se había hecho llegar clandestinamente desde los arsenales de Estambul a Anatolia un considerable número de oficiales, 320 ametralladoras, 1.500 rifles, 2.000 cajas de municiones y 10.000 uniformes (Zürcher, 1993, p. 147) para organizar y suministrar un potente movimiento de resistencia.

## **2.5. El Sultanato-Califato en Estambul**

La ocupación de Estambul y la disolución del Parlamento fue lo que precipitó la ruptura definitiva entre el Gobierno del Imperio otomano y la Resistencia Nacional. Desde el este, Kemal hizo un llamamiento a los parlamentarios que habían logrado escapar a los arrestos y las deportaciones a Malta para formar una Gran Asamblea Nacional (*Büyük Millet Meclisi*). Al celebrar su primera sesión del 23 de abril de 1920 en Ankara, ésta se proclamó representante de la «soberanía nacional» -aunque no era un organismo representativo- y declaró inválida toda la legislación emitida desde la capital a partir de la ocupación (Lewis, 1974, pp. 75-80). Los nacionalistas habían logrado así arrogarse así las funciones del Estado, por lo que en Turquía operaban dos gobiernos (Veiga, 2006, 448).

Preocupados por la situación, Mehmet VI y los liberales promovieron el «Ejército del Califato» (*Hilafet Ordusu*), una organización que trataba de levantar una fuerza militar en defensa del orden otomano y la religión frente a los nacionalistas rebeldes. Era la última expresión de la ideología panislamista que había fomentado Abdülhamit II a finales del *novecento*. Apoyándose en la islamización del Imperio producida por la pérdida de territorios cristianos y la inmigración masiva de musulmanes, había recuperado el título califal y había patrocinado el Islam popular tratando de construir una plataforma de movilización de masas. Con la misma intención, el CUP había abierto durante su gobierno cientos de Hogares Turcos (*Türk Oçakları*) para fomentar

el panturquismo. Sin embargo, enfrentados a los nacionalismos balcánicos, superados por las potencias cristianas y testigos del colapso de su civilización, muchos turcos habían comenzado a cuestionarse su papel en el Imperio como combatientes por una religión que empezaba a percibirse como extranjera, pues el origen del Islam era arábigo y no turanio. El panislamismo se había debilitado enormemente debido a la hostilidad árabe y la independencia albanesa y el panturquismo retrocedía con cada nuevo fracaso de Enver para establecer una Gran Unión Turca en Anatolia, el Cáucaso y el Asia Central. En cambio, el nacionalismo propiamente turco de Ziya Gökalp encontraba cada vez más partidarios (Safa, 1999. p. 65). Aun así, el Ejército del Califato logró reunir algunos efectivos y varios irregulares kurdos y circasianos y, durante un tiempo, supuso una seria amenaza para los nacionalistas.

Sin embargo, cuando el 10 de agosto de 1920 el Sultán y el nuevo gobierno liberal aceptaron el Tratado de Sèvres, que establecía los términos de paz para el Imperio y estipulaba el reparto de su territorio entre Armenia, Francia, Italia, Grecia y el Reino Unido; se enajenaron el apoyo de buena parte de los súbditos otomanos, que lo consideraban un abuso intolerable (Lewis, 2002, p. 252). El movimiento unionista de resistencia se fortaleció cuando quedó claro que ni Mehmet VI ni el Príncipe Ferid estaban dispuestos a oponerse a los intereses abusivos e imperialistas de la Entente. La indignación se extendió entre las filas del Ejército del Califato y se disolvió rápidamente.

## **2.6. La Guerra de Independencia y la preeminencia de Mustafa Kemal**

En el este, amparados por el antiimperialismo de los nacionalistas, aparecieron varios grupos izquierdistas. El Congreso de Bakú en septiembre 1920 trató de promover un Congreso de los Pueblos Musulmanes para liberar Asia de la ocupación extranjera a través de una revolución socialista-islámica. Mustafa Suphi fundó allí el Partido Comunista de Turquía (*Türkiye Komünist Partisi*), aunque ese mismo año se creaba en Ankara el Partido Socialista del Pueblo (*Türkiye Halk İştirakiyyun Fırkası*). También en 1920 se había formado el «Ejército Verde» (*Yeşil Ordu*), nutrido de pequeños propietarios y jornaleros descontentos con las formas de propiedad. Era una organización de tropas irregulares que, adoptadas por Kemal durante un tiempo, constituyeron una parte importante de las primeras fuerzas nacionalistas. La adhesión

al Ejército Verde de las milicias circasianas, lideradas por *Çerkes Ethem*, suponía otra amenaza para Kemal. Ethem era un líder prestigioso de la resistencia temprana y su poderoso movimiento de guerrilla rural (*Kuva-yi Seyyare*) había soportado lo más duro de la resistencia. Su ala política atrajo a un grupo de diputados de la Gran Asamblea a través de la Facción Popular (*Halk Zümresi*), que mezclaba ideas panislamistas y populismo igualitarista (Gökay, 2006, p. 20). Kemal formó un Partido Comunista Turco (*Türkiye Kömunist Fırkası*) marioneta para contrarrestar su influencia; no era marxista y sus retóricas eran mero populismo (Veiga, 2006, pp. 452-453). El Ejército Verde estaba organizado para reprimir los levantamientos reaccionarios generalizados (Sivas, Düzce, Belu, yorgat, Zile, Konya...) instigados por los miembros conservadores del *Ülama*<sup>14</sup> y algunos *muftü* de provincias contra los nacionalistas, que constituían la contrarrevolución en defensa del orden califal. Los elementos más reaccionarios formaron en julio la «Asociación para la Preservación de las Sagradas Instituciones» (*Muhafaza-i Mukaddesat Cemiyeti*), que insistía en la importancia de la religión y del sultanato-califato. En las provincias orientales incluso se alzó un supuesto *Mehdi*<sup>15</sup> llamado Eşref (Berkes, 1999, p. 441).

Kemal veía en Suphi y Ethem dos adversarios considerables. A su modo de ver, los nacionalistas tenían mucho que perder si las facciones de estos dos se fortalecían y llegaban a provocar una auténtica revolución social. Además, mientras existieran movimientos antiimperialistas auténticamente marxistas, la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) preferiría secundar a éstos antes que a los nacionalistas.

Destruída la efímera República Democrática de Armenia y sofocadas las insurrecciones de armenios y kurdos a finales de 1920, Kemal tenía las manos libres para ocuparse de los comunistas. A principios de 1921 comenzó la persecución de los comunistas. Suphi y otros líderes del TKP fueron asesinados en Trabzon, los partidos comunistas fueron disueltos o se vieron relegados a la clandestinidad y se requirió la integración de las milicias de Ethem en el ejército regular (*Kuva-yi Nizamiye*). Se negaron a ello y se rebelaron, por lo que tuvieron que ser dispersadas por la fuerza. Una vez anulada la competencia izquierdista, Ankara y Moscú firmaron un Acuerdo de Amistad en marzo de 1921, renegociaron sus fronteras y acordaron la entrega de suministros militares.

---

<sup>14</sup> El *Ülama* era un consejo religioso imperial formado por muftíes e imames.

<sup>15</sup> El *Mehdi*, o Mahdi es una figura escatológica del Islam popular similar al Mesías judío.

Aunque la posición de Kemal seguía siendo mayoritaria entre los nacionalistas, el regreso de los exiliados de Malta en 1922 aumentó la ingobernabilidad a través del nuevo partido Segundo Grupo (*İkinci Grup*), cuyo aglutinante era la oposición personal al propio Kemal (Özbudun, 1981). Sin embargo, las cosas habían cambiado mucho desde el acuerdo con Moscú el año anterior. Asegurado el frente oriental y aprovisionado con suministros militares soviéticos, el Ejército nacionalista estaba preparado para socorrer el desbordado frente occidental. Kemal había recibido poderes excepcionales de la Asamblea y, al frente de una gran ofensiva, había logrado contener los ejércitos helénicos a finales de 1921 y expulsarlos de Anatolia el verano siguiente. Con esta victoria apuntaló su autoridad y acalló las críticas contra su dirección de la guerra. Hasta entonces, Kemal había estado a la sombra del afamado Enver que, de todos modos, murió ese mismo verano en el Asia Central; tercamente empeñado en su sueño pantúrquico.

## **2.7. La formación de la República de Turquía**

La expulsión de las tropas griegas confirió a Kemal el título *Gazi* y fortaleció enormemente su posición (Lewis, 2002, p. 253). Para entonces, los principales opositores a los nacionalistas habían desaparecido o habían sido retirados. Ethem, Suphi y Enver habían desaparecido. En Estambul Ferid había sido destituido y en Atenas Venizelos había perdido las elecciones. Agotada, la Entente estaba dispuesta a revisar el tratado de paz. Con esta intención fueron invitados a Londres los representantes griegos y otomanos. La Gran Asamblea, autoproclamada representante de la «soberanía nacional», se enfureció cuando el Gobierno de Estambul pretendió enviar sus propios agentes. Desde su punto de vista, el Sultán y los liberales ya habían aceptado el Tratado de Sèvres. Iracunda, el 1 de noviembre de 1922, aprobó la abolición del sultanato y la disolución del Gobierno imperial. Mehmet VI escapó a Malta (Veiga, 2006, p. 459) y fue sucedido como califa, pero ya no como sultán, por su primo Abdülmecit. Así, la Gran Asamblea Nacional y el Gobierno de Ankara completaban la subversión del *statu quo* frente al poder central del Sultanato y del Imperio otomano.

Las negociaciones de paz fueron difíciles porque griegos y turcos tomaron posiciones extremas. Francia e Italia se desentendieron de la cuestión buscando sus propios acuerdos con los nacionalistas y abandonaron Cilicia y Antalya. En abril de 1923,

Kemal disolvió la Asamblea y en verano se celebraron nuevas elecciones. El propio Mustafa Kemal vetó a los candidatos, por lo que ninguno del Segundo Grupo accedió a la Cámara. Cuando la Asamblea se reunió de nuevo en agosto de 1923, los kemalistas se organizaron como Partido del Pueblo (*Halk Fırkası*) y se hicieron con el control de la «Sociedad de Defensa de los Derechos Nacionales» (Safa, 1999, p. 57). Fue este gobierno fuerte y homogéneo el que tuvo la capacidad para zanjar los acuerdos de paz en Lausana conforme al Pacto Nacional y poner en marcha un profundo paquete de reformas para reconstruir el país.

## **2.8. La consolidación de la República de Turquía**

La Gran Guerra había sido sucedida casi inmediatamente por la Guerra de Independencia. Las bajas militares y las ejecuciones públicas de los Tribunales de Independencia continuaron mientras los constantes enfrentamientos contra otomanos, franceses, italianos, griegos, armenios, circasianos, kurdos y reaccionarios despoblaban el país y arrasaban su prosperidad. La destrucción de infraestructuras y los reclutamientos impedían el funcionamiento normal de la agricultura, lo que produjo hambrunas, que permitieron la difusión de epidemias. Demográficamente fue catastrófico: murieron 3.000.000 de musulmanes, 900.000 armenios y 300.000 griegos (Zürcher, 199, p. 171). En total, Turquía entregó más de cuatro millones de vidas al sinsentido bélico y tuvo que ocuparse de medio millón de heridos (Emin, 1930). Anatolia sufrió la desaparición de una quinta parte de su población. En las provincias del este, la mitad de sus habitantes había desaparecido, y una quinta parte se había convertido en refugiados.

Igual que durante las guerras balcánicas, cientos de miles de musulmanes habían llegado como refugiados, mientras decenas de miles de armenios y griegos escapaban del país perseguidos por la Organización Especial, surgida en torno a Enver y estimulada por Talat. Como colofón, el Tratado Lausana acordaba un intercambio de población entre Grecia y Turquía. Unos 1.100.000 griegos ortodoxos fueron expulsados, mientras se recibían 380.000 turcos musulmanes (Veiga, 2006, p. 462). Estas migraciones masivas supusieron la pérdida de otra décima parte de la población. Evidentemente, la Anatolia de 1923 era un lugar completamente diferente de lo que había sido en 1913 (McCarthy, 1983).

Para entonces, el poder político era monopolio del Partido del Pueblo a través de la Gran Asamblea Nacional. La subversión del *statu quo* no se limitaba a un *coup d'état*, pues, desde su nueva posición los nacionalistas dirigieron la “destrucción de la clase dominante del antiguo régimen”. Se instauró un ferviente nacionalismo turco, aderezado con distintos componentes tomados de las corrientes europeas más recientes, avivado por el culto a la personalidad y orientado hacia el desarrollismo. Aprovechando la ausencia de ciertos líderes nacionalistas conservadores, el 29 de octubre de 1923, la Gran Asamblea proclamó la República de Turquía con capital en Ankara y nombró a Kemal como presidente y a Ismet (Inönü) como Primer Ministro. Esto abrió una brecha entre los moderados y los radicales dentro del Partido del Pueblo y extendió el descontento en Estambul, principalmente entre los monárquicos y los funcionarios de la disuelta Administración imperial (Veiga, 2006, p.468). La oposición continuó aumentando cuando el 1 de marzo de 1924 el Gobierno radical abolió el Califato, desterró a los Osmanlíes e hizo aprobar una nueva Constitución.

Al derogar el Califato, la República se liberaba de la interferencia extranjera -árabe, persa e india- en sus asuntos, pero, sobre todo, cortaba las ataduras con su pasado. Además, anulaba al califa como potencial actor y emblema reaccionario (Lewis, 2002, p. 263). Ante la evidencia de que los radicales ya no pretendían reformar el Imperio, sino efectuar toda una reconstrucción estatal, la oposición conservadora se organizó en torno a Hüseyin Rauf, uno de los primeros líderes de las Sociedades de Defensa y fundó el Partido Republicano Progresista (*Terakkiperver Cumhuriyet Fırkası* o TCF). El Partido del Pueblo reaccionó rebautizándose como Partido Republicano del Pueblo (*Cumhuriyet Halk Partisi* o CHP). El nuevo partido de oposición defendía ideales liberales, tanto económicos como políticos, era partidario de la descentralización, la separación de poderes y el reformismo, en contra del centralismo, autoritarismo y revolucionismo de los radicales del CHP. Encontró eco en Estambul, en el este conservador y en las zonas de asentamiento de refugiados donde el CHP había hecho gala de su corrupción. Kemal trató de contemporizar sustituyendo a Ismet por Fethi (Okyar), más moderado.

Por su parte, los kurdos, desengañados por la deriva hacia el secularismo y la *turquización* del movimiento al que algunos se habían adherido durante la resistencia, se replantearon la situación. Liberados de la amenaza común que suponían para ellos los armenios y el Imperio ruso, y disuelto el califato, ya nada unía los intereses de ambos pueblos. Celebraron sus propios congresos y en febrero de 1925 varias tribus

de kurdos sunníes se levantaron abiertamente azuzados por un movimiento nacionalista y religioso dirigido por el *Şeyh Said* y apoyados por la milicia kurda *Azadi*. La Gran Asamblea declaró la ley marcial y reformó la Ley de Alta Traición para hacer punible el uso de la religión como arma política. Con la excusa del desorden, los radicales restauraron a Ismet, que hizo aprobar una ley que confería poderes extraordinarios al Gobierno por dos años (McDowal, 1996, p. 194-202), que acabaron siendo cuatro. Con el apoyo de los kurdos alevíes, se restablecieron los Tribunales de la Independencia, se ejecutó a los cabecillas, se reprimió a la población y se deportó a más de 20.000 kurdos hacia el oeste. Acusados de colaborar con la rebelión, se cerraron los periódicos y se juzgó a los periodistas más destacados, dejando sólo la prensa estatal. (Zürcher, 1993, p. 179-180).

Existía todavía la amenaza del CUP y del TCF, liderados por héroes de la independencia, unidos en la oposición a los radicales y con amplia experiencia para desenvolverse en la clandestinidad. En junio de 1926, durante uno de sus *tours* por las provincias, se descubrió un complot para asesinar a Mustafá Kemal. Los Tribunales de la Independencia desataron una oleada de detenciones. Se arrestó a los líderes unionistas y progresistas acusados de intento de asesinato y de complot golpista. Algunos fueron ejecutados y otros encarcelados. Ante la presión popular y el descontento militar, los héroes de guerra tuvieron que ser liberados, pero su carrera política había quedado destruida.

## **2.9. El hombre nuevo de Europa a la altura de las naciones más civilizadas**

Bajo la fórmula del autoritarismo legal, el Gobierno radical de Kemal e Ismet se embarcó en un rápido proceso reformista, principalmente contra lo que quedaba del califato y la *Şeriat*<sup>16</sup> (Lewis, 2002, p. 264), que los kemalistas consideraban la causa del atraso del país. Así pues, se secularizó la educación, se cerraron los santuarios y los conventos de las cofradías, se prohibió el uso del fez y se instauró el del sombrero, se adoptó el calendario gregoriano, la cuenta de las horas «a la franca», una versión adaptada del Código Civil suizo y del Código Penal italiano y se abolió el cargo de *Şeyhülislam*, el Ministerio de la *Şeriat*, los tribunales religiosos, los títulos de cortesía tradicionales, el matrimonio islámico y la poligamia y se desaconsejó el uso del velo. El consejo del *Ülama* quedó bajo el control del Gobierno, arrogándose así el último de

---

<sup>16</sup> La *Şeriat*, o Sharia, hace referencia a la ley islámica, basada en el Corán y en otras escrituras islámicas.

los poderes imperiales. Naturalmente, la población se resistió a aceptar estas «*Tanzimat*» potenciadas, y los Tribunales de la Independencia tuvieron que esforzarse para sofocar los descontentos. Entre 1925 y 1927, 7.500 personas fueron arrestadas y 660 ejecutadas. (Zürcher, 1993, p. 181). Además, Kemal forzó la racionalización y la nacionalización del islam en todo el país a través de la nueva facultad de teología, afín al régimen, e impulsó la oración en turco (Veiga, 2006, p. 474).

El *Nutuk* (Discurso) inaugural pronunciado por Kemal en el *segundo* congreso del CHP celebrado en octubre de 1927 consistió en una explicación distorsionada del movimiento de resistencia en la que él mismo aparecía como líder único y preclaro. En conjunto, el Congreso y el Discurso identificaron al CHP con el movimiento de liberación nacional, monopolizando su herencia para fortalecer su autoridad durante su gobierno como Partido Único (1925-1945) (Zürcher, 1993, p. 184) y que fue causa de una historiografía sumamente aduladora y partidista durante décadas. El CHP fracasó a la hora de organizar una «leal oposición» en forma del Partido Republicano Libre (*Serbest Cumhuriyet Fırkası*), pues esta vía de expresión atrajo a una *auténtica* oposición que fomentaba la violencia contrarrevolucionaria, por lo que tuvo que ser atajada inmediatamente. El multipartidismo tendría que esperar. Se establecía así una «dictadura pedagógica» (Rubiol, 2004) que debía modernizar y preparar al país para la democracia.

La Gran Asamblea Nacional surgida de las elecciones de 1923, integrada por el Partido del Pueblo y presidida por Kemal, trató de crear una «nación turca» y de infundirle una idiosincrasia moderna. Los principios eclécticos de la versátil *ideología* kemalista se fijaron en el programa del Partido de 1931 (Enver en Kazancigil, 1981): *republicanismo, laicismo, nacionalismo, populismo, estatismo* y «*reformismo-revolucionismo*» (*devrimcilik*). Como señala Zürcher (1993, p. 190) a estos principios les falta la coherencia propia de una auténtica ideología y carecen de atractivo emocional. Sin embargo, se convirtieron en la base del adoctrinamiento en escuelas, universidades y Casas del Pueblo (*Halk Evleri*) -que habían sustituido a los Hogares Turcos- con las que el CHP pretendía construir la conciencia nacional (Karaömerlioğlu en Kedourie, 1999). Las carencias del kemalismo se suplieron con culto a la personalidad y mitología de nuevo cuño. Durante un tiempo incluso “afloraron tendencias totalitaristas” (Zürcher, 1993, p. 187) muy acordes con el contexto internacional. Como se ve, Kemal no se ha librado de las acusaciones de



corrupción, duplicidad y mendacidad absolutamente corrientes contra los líderes revolucionarios (Arendt, 1988, p. 99).

El gobierno de partido único del CHP tomó severas medidas para modernizar, nacionalizar y desislamizar Turquía (Lewis, 2002, p. 276). Siguiendo la máxima de Abdullah Cevdet, que afirmaba que la única civilización posible era la occidental, Turquía debía formar parte de Occidente si pretendía sobrevivir en el mundo moderno (Lewis, 2002, p. 265-266). El fracaso en esta empresa significaba convertirse en un territorio potencialmente colonizable, como había estado a punto de ser en 1920. Uno de los pilares de esta transformación fue la subyugación del aparato islámico y el abandono del alifato y los números arábigo-orientales en un golpe de efecto para romper definitivamente las ligaduras y los símbolos que lo identificaban con Oriente y con la «civilización islámica». Los temores de los contrarrevolucionarios habían resultado ser ciertos, pues Atatürk había puesto en marcha lo que Lewis (2002, p. 267) llegó a calificar como un auténtico «cambio de civilización».

### **3. Conclusión**

Como testigo presencial, Webster (1939, p. 247) aseguró que “la REVOLUCIÓN, en contraste con la evolución social, es el tipo de proceso en que Kemal Atatürk y sus colegas han confiado para la construcción de la nueva Turquía”. Efectivamente, el proceso que he descrito es, de acuerdo con el marco teórico que presenté al comienzo, una revolución. Vimos cómo (1) el Imperio otomano fue incapaz de mantener su «estabilidad», demostrando su «ineficacia» al ser derrotado en la Gran Guerra y perdiendo su «legitimidad» al colaborar con el enemigo invasor. Al huir la cúpula directiva responsable del desastre, (2) afloró la división entre las elites. El Sultán, los liberales, los comisionados y los nacionalistas trataron de hacerse con los restos del Imperio. La escisión continuó: conservadores contra kemalistas y moderados contra radicales. Durante la Guerra de Independencia, la Gran Asamblea consiguió (3) subvertir el *statu quo* usurpando todos los poderes del Estado central, dispersando a la oposición y secularizando el aparato estatal. La (4) movilización popular jugó un papel secundario, en forma de manifestaciones, revueltas y ejércitos irregulares; pero clave en determinados momentos. Aunque finalmente las masas fueron neutralizadas. Durante el proceso (5) las elites tradicionales, sobre todo las más cercanas al Sultán y los cargos religiosos fueron apartados de su puesto y sometidos a la República kemalista, mientras que

instituciones clave para la historia otomana, como el sultanato, el califato y el *Şeyhülislam* fueron derogadas. Además, se empleó la violencia institucionalizada mediante los «Tribunales de Independencia» y la represión militar, principalmente contra la oposición política, y las minorías. Todos estos esfuerzos iban encaminados a buscar (6) la construcción de una nueva Turquía, un «nuevo origen» basado en el racionalismo, el secularismo y la modernidad. Durante el proceso, incluso se produjo esa romántica asociación con la libertad en forma de Guerra de Independencia.

Desde esta perspectiva es innegable que el proceso de subversión del Imperio otomano por parte de la Gran Asamblea Nacional es un proceso revolucionario. Dado que las transformaciones dirigidas por el CHP no llegaron a alterar las estructuras socio-económicas, en buena medida porque nunca practicó una auténtica reforma agraria que destruyera el orden pseudo-feudal (*ağalık*) ni las tribus, la revolución nacionalista no puede considerarse de ninguna manera como una «revolución social». Comparte con ellas, no obstante, la irresolución de la «cuestión social» a causa de las limitaciones más materiales: el hambre generalizado y la falta de recursos económicos (Arendt, 1988).

En *Revolutions from Above*, Kay Trimberger (1978, p. 3) consideró que “el régimen de Atatürk fue sólo parcialmente revolucionario. [Pues] Atatürk destruyó la base política de los notables del Imperio otomano, pero sólo parte de la económica.” De hecho, se sirve de esta revolución “marginal -o abortiva-” para ilustrar la importancia de la destrucción de clase como elemento definitorio del cambio revolucionario. Según ella, fue una «revolución política» incompleta. En cambio, aquí se propone que se trató de una «revolución política» completa; que sometió y destruyó la independencia de la clase dominante del antiguo régimen. En Turquía los notables (*ağa*) no fueron despojados de sus tierras -aunque sí de su poder político-, pero tampoco éstos eran la clase dominante. El Sultanato otomano no era un reino feudal al uso, donde existiera una aristocracia propietaria permanente con derechos inviolables y poderes judiciales independientes, sino un Estado islámico centralizado, donde muchos terratenientes eran temporales, estaban sometidos al poder del sultán y no poseían las tierras que explotaban ni desempeñaban el poder judicial. Así pues, la clase dominante del Sultanato otomano no podía ser la aristocracia terrateniente. Sin embargo, era el *Ülama* el órgano que tenía un papel principal en la legislación y la justicia del Imperio, y ostentaban un importante poder movilizador entre las masas, como demuestran las constantes insurrecciones religiosas, como la religiosa-nacionalista kurda de 1925. La extinción del califato y las numerosas medidas secularizadoras de los kemalistas radicales destruyeron la parte clave de esta facción dominante y la sometieron al poder el Estado secular. Las elites burocrático-

militares de primer orden que habían gobernado el Imperio desde Estambul fueron sustituidas por los rangos burocrático-militares de segundo orden que fueron concentrando el poder mediante su acción militar en las provincias. Y la mayor parte de las minorías griega y armenia que durante mucho tiempo habían cargado con el peso económico y administrativo del imperio habían desaparecido para dejar su lugar a nuevas empresas y funcionarios turcos. Ciertamente, las antiguas facciones religiosa y burocrático-militar que habían dominado el imperio patrimonial de los Osmanlís no fueron aniquiladas al modo del Terror francés, ni mediante una Gran Purga al estilo soviético; sino que fueron sometidas al nuevo orden al despojarseles de sus poderes y sus propiedades. Al someter a los altos cargos religiosos y al tratar de eliminar los cultos populares, adquirió la República una poderosa herramienta movilizadora. Al fin y al cabo, los revolucionarios canónicos tampoco destruyeron las tierras que habían arrebatado a la nobleza, sino que las repartieron o nacionalizaron. En este caso, podemos hablar de la «nacionalización de la religión» por parte de los kemalistas.

La radicalidad de la secularización turca no debe subestimarse, pues existía una considerable diferencia en las relaciones institucionales entre la Francia del Directorio, donde la Iglesia y el Estado funcionaban como dos entidades independientes *de facto*, y la Turquía de Atatürk, donde el laicismo suponía nada menos que la mutilación de un miembro del Estado (Mardin en Kazancigil 1981, p. 191) y su posterior subordinación a éste.

Como vemos, y como señala Eisendstadt (en Kazancigil, 1981, p. 135), la Revolución kemalista en Turquía cambió los mismísimos fundamentos de la legitimidad política -al abandonar la organización monárquica por otra republicana-, los símbolos de una nueva comunidad política -al abandonar la religión islámica como factor identificativo en favor de la nacionalidad turca- y redefinió los límites de la colectividad -al derogar el Imperio patrimonial osmanlí y sustituirlo por un Estado-nación (Sunar, 1987). Turquía dejaba de ser el patrimonio de una dinastía imperial islámica gobernado por y para diversas confesiones religiosas, a partir de entonces sería una república laica regida por y para los turcos.

En cuanto a su desarrollo, la Revolución kemalista se originó entre la resistencia nacionalista de las provincias orientales de Anatolia, en la periferia del Imperio cuando Mustafa Kemal fue enviado con poderes especiales para poner orden en la región y acabó por rebelarse contra el Gobierno otomano. Los rebeldes consolidaron su poder en torno a las Sociedades de Defensa y se legitimaron a través de la Gran Asamblea Nacional. Desde esta plataforma en Ankara, en el límite de la Turquía profunda, y a través de Kemal, la autoridad de los rebeldes se impuso en las provincias orientales al derrotar a armenios y kurdos, tomó las provincias occidentales

de los griegos y, finalmente, recibió Estambul de los británicos. Este desarrollo centrípeto de la revolución, que arranca en la periferia y termina con el control de todo el territorio -con la capital en último lugar-, es lo que en el marco teórico se definió como una «revolución periférica».

Así pues, a la luz del marco teórico presentado al comienzo mediante una revisión de la literatura sobre la teoría revolucionaria y a través de las fuentes secundarias que han estudiado ya este proceso en la historia de Turquía, el presente artículo concluye que las mutaciones promovidas en Turquía por Mustafa Kemal constituyen una «revolución política periférica». «Política» porque durante el proceso revolucionario las clases dominantes -religiosa y burocrático-militar- fueron desalojadas de sus cargos y sometidas a las elites burocrático-militares de segundo orden que se habían impuesto desde las provincias. Y «periférica» porque la génesis de la revolución, el núcleo de la oposición al régimen constantinopolitano que se había doblegado a las potencias extranjeras, se consolidó primero en las provincias periféricas más lejanas a la capital y, desde allí, en un desarrollo centrípeto, acabó por hacerse con todo el territorio.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ahmad, F. (1993). *The Making of Modern Turkey*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Arendt, H. (1974). *Los orígenes del totalitarismo*. Trad. Guillermo Solana. Madrid: Taurus.
- Arendt, H. (1988). *Sobre la revolución*. Trad. Pedro Bravo. Madrid: Alianza Editorial.
- Berkes, N. (1974). The Two Facets of the Kemalist Political Revolution. *Muslim World*, 64, 292-306.
- Berkes, N. (1999). *The Development of Secularism in Turkey*. Londres: Routledge.
- Brecher, J. (1972). *Strike!* San Francisco: Straight Arrow Books.
- Casanova, J. (2011). *Europa contra Europa. 1914-1945*. Barcelona: Crítica.
- Chiot, D. (1996). *Modern Tyrants*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Dekmejian, R. H. y Wyszomirski, M. J. (1972). Charismatic leadership in Islam: the Mahdi of the Sudan. *Comparative Studies in Society and History*, 14, 193-214.

- Eisenstadt, S. (1992). Frameworks of the great revolutions: culture, social structure, history, and human agency. *Int. Soc. Sci. J.* 133, 385-401.
- Eder, M. (2013). Deepening Neoliberalisation and Changing Welfare Regime in Turkey: Mutations of a Populist, 'sub-optimal' Democracy. En C. Rodríguez et al., *Turkey's Democratization Process*. Londres: Routledge.
- Emin, A. (1930). *Turkey in the World War*. New Heaven, Yale University Press.
- Gökay, B. (2006). *Soviet Eastern Policy and Turkey, 1920-1991: Soviet Foreign Policy, Turkey and Communism*. Londres: Routledge.
- Goldstone, J. A. (1980). Theories of revolution: the third generation. *World Polit.*, 32, 425-53.
- Goldstone, J. A. (1991). *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*. Berkeley: Univ. Calif. Press.
- Goldstone, J. A. (1998). Social movements or revolutions? On the evolution and outcomes of collective action. En M. Giugni (Ed.), *From Contention to Democracy* (pp. 125-145). Boulder, CO: Rowman & Little-field.
- Goldstone, J. A. (2001). Toward a Fourth Generation of Revolutionary Theory. *Annu. Rev. Polit. Sci.* 2001. 4, 139-87. Davis: University of California.
- Goodwin, J. y Skocpol, T. (1989). Explaining revolutions in the contemporary Third World. *Polit. Soc.* 17, 489-507.
- Hobsbawm, E. (1987). *Las revoluciones burguesas*. Trad. Felipe Ximénez de Sandoval. Barcelona: Labor.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX*. Trad. Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1997). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Trad. Jordi Beltrán. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2010). *Revolucionarios*. Trad. Joaquim Sempere. Barcelona: Crítica.
- Johnson, V. (1993). The structural causes of anticolonial revolutions in Africa. *Alternatives*. 18, 201-227.
- Karpát, K. (1964). *Political Modernization in Japan and Turkey*. Princeton: Princeton University Press.
- Kazancigil, A. y Özbudun, E. (eds.), (1981). *Atatürk, founder of a modern state*. Londres: Hurst & Co.
- Kazancigil, A. (2010). *Turquía. Algunas preguntas, todas las respuestas*. Trad. María Jesús Gutiérrez Conde. Barcelona: La Biblioteca del Ciudadano.

- Kedourie, S. (1999). *Turkey Before and After Atatürk. Internal and External Affairs.* Londres: Frank Cass.
- Kossok, M.; Soboul, A.; Brendler, G.; Kübler, J., Zeuske, M. y Küttler, W. (1983). *Las revoluciones burguesas.* Trad. Juan Luis Vermal y Octavi Pellisa. Barcelona: Crítica.
- Lewis, B. (2002). *The Emergence of Modern Turkey.* New York-Oxford: Oxford University Press.
- Lewis, G. (1974). *Modern Turkey: The Turkish Revolution and the War of Independence.* Londres & Tonbridge: Ernest Benn Limited.
- Lipset, S. M. (1984). Social Conflict, Legitimacy, and Democracy. W. Connolly (Ed.), *Legitimacy and the State.* Oxford: Basil Blackwell.
- Lyster, I. (Ed.), (2011). *Among the ottomans. Diaries from Turkey in World World I.* Londres: Taurus.
- Marashlian, L. (1991). *Politics and Demography: Armenians, Turks, and Kurds in the Ottoman Empire.* Cambridge: USA Zoryan Institute.
- McCarthy, J. (1983). Foundations of the Turkish Republic: Social and Economic Changes. *Middle Eastern Studies*, 19/2, 139-144.
- McDowal, D. (1996). *A Modern History of the Kurds.* Londres: Tauris.
- Özbudun, E. (1981). The Nature of the Kemalist Political Regime. En Kazancigil y Özbudun (Eds.), *Atatürk Founder of a Modern State* (pp.79-102). Londres: C. Hurst & Co.
- Phillips Price, M. (1964). *Historia de Turquía. Del Imperio a la República.* Barcelona: Surco.
- Rodríguez López, C. (2007). *Turquía. La apuesta por Europa.* Madrid: Catarata.
- Sahinler, M., (1998). *Origen, influencia y actualidad del kemalismo.* Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
- Saya, P. (1999). *Reflections on the Turkish Revolution.* Trad. Yuluğ Tekin Kurat. Ankara: Atatürk Research Center.
- Scott, J. C. (1985). *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance.* New Heaven, CT: Yale University Press.
- Sonyel, S. R. (2001). *Turkey's Struggle for Liberation and the Armenians.* Ankara: SAM Papers.
- Skocpol, T. (1984). *Los Estados y las revoluciones sociales.* Trad. Juan José Utrilla. México: Fondo de Cultura Económica.
- Skocpol, T. (1994). *Social Revolutions in the Modern World.* Cambridge: Cambridge University Press.

- Sunar, I. (1987). *The Ottoman Empire and the World-Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Szmolka, I. (2010). Los regímenes políticos híbridos: democracias y autoritarismos con adjetivos. Su conceptualización, categorización y operacionalización dentro de la tipología de regímenes políticos. *Revista de Estudios Políticos*, 147, 103-135.
- Tilly, C. (1993). *European Revolutions 1492-1992*. Oxford: Blackwell.
- Trimberger, E. K. (1978). *Revolution from Above*. New Brunswick ,NJ: Transaction Books.
- Veiga, F. (2006). *El turco*. Barcelona: Debate.
- Webster, D. E. (1939). State Control of Social Change in Republican Turkey. *American Sociological Review*. Vol. 4, 2, 247-256.
- Zürcher, E. (1993). *Turkey. A Modern History*. Londres: Taurus.
- Zürcher, E. (2010). *The Young Turk Legacy*. Londres: Taurus.